



Momento Gaziel

Hijo de la burguesía catalana, dejó la filosofía pura por el periodismo de calle y se buscó un seudónimo. Agustí Calvet, ya como Gaziel, deslumbró por sus crónicas ágiles y profundas en los convulsos años de la Primera Guerra Mundial. Por **Carles Geli**

HA ESTADO MESES Y MESES poniéndome en los cuernos de la luna y pulverizando a Lerroux (...). ¿Por qué cambia Gaziel? Manuel Azaña consigna en sus diarios de julio de 1933 su preocupación por la imagen que tiene ahora de él ese personaje. ¿Tan importante es Gaziel? Es el mismo al que la Enciclopedia Espasa, la Británica doméstica, ha dedicado en 1924 la friolera de 85 líneas asegurando que la recopilación de sus crónicas en *El año de Verdún* es "el mejor libro escrito en español sobre la guerra de 1914 a 1918". Gaziel es, claro, un seudónimo, no va uno a mancillar su apellido en ese ruinoso oficio de bohemios que es el periodismo de principios del XX cuando se es hijo de la burguesía catalana y se está predestinado a una brillante carrera de notario que ya se medio torció cuando saltó a filósofo, que es lo que cultivaba Agustí Calvet.

En 1958, Gaziel tituló *Tots els camins duen a Roma*, sus memorias, como *Història d'un destí*. Sí, creía en la predestinación; solo así se resignó a que el azar le llevara "del cielo de la filosofía pura al infierno del periodismo remunerador", como escribió. El supuesto descenso dantesco de Calvet (Sant Feliu de Guíxols, 1887-Barcelona, 1964) empezó con unas crónicas políticas para *La Veu de Catalunya*, el diario de la Lliga que tutelaba Prat de la Riba. Trabajó para tener *argent de poche*: ahí se estrena el seudónimo Gaziel. Pero era demasiado listo para gacetillero, lo vio Prat de la Riba, que se lo llevó a la fábrica de intelectuales del Institut d'Estudis Catalans. Y con un pie en la academia, a ampliar estudios en París. Ahí le pilló, el 1 de agosto de 1914, la Primera Guerra Mundial.

Cerca de la medianoche, engullido por las sombras a la luz del quinqué, con las cortinas bien cerradas, Gaziel recoge en cuadernos sus notas sobre lo que, "siguiendo mis buenos hábitos de observador exacto, con el ánimo de tomar el pulso a la palpitación colectiva", ve y vive. En una visita a Barcelona, Miquel dels Sants Oliver, director de *La Vanguardia*, le dice que las traduzca *ipso facto* al castellano para publicarlas.

Bajo el epígrafe *Diario de un estudiante en París* nació como periodista estrella, el 9 de septiembre de 1914, Gaziel, el mejor de su generación en toda España. Como mínimo, el más completo. Esas crónicas lo prueban, como el resto de su obra, que ha rebrotado. En menos de seis meses, cuatro volúmenes en las librerías: *Diario de un estudiante. París 1914* (Diéresis), *De París a Monastir* (Libros del Asteroide), *Tot s'ha perdut* (RBA-La Magrana) y *Gaziel i Josep Maria Cruzet (i l'editorial Selectia): correspondència 1951-1964* (Publicacions Abadia de Montserrat).

Su grosor intelectual no tiene parangón entre los de su oficio; quizá solo Corpus Barga le alcanza. Además, está su fijación por ser fiel de la balanza de esos convulsos años, transitando por el angosto pasillo entre extremismos, así en Cataluña como en España, acompañado apenas por colegas como Manuel Chaves Nogales, este de prosa más ágil, pero con una mirada menos global sobre el mundo y el encaje de las nacionalidades peninsulares, obsesión de Gaziel. Ello por no hablar de su faceta de taimadísimo organizador de empresas periodísticas, de la que dio fe como director de *La Vanguardia* a partir de marzo de 1934: desde reestructurar la redacción y el contenido del diario en plena eclosión de la

prensa de masas a reconducir la cabecera del monárquico y españolista Ramón Godó por la senda de los tiempos republicanos y catalanistas, pasando por asesorarle en la compra de moderna maquinaria en Suiza. Resultado: el periódico será líder en Cataluña y el más vendido de España tras *Abc*.

"Todo iba destinado a la muerte, a matar y a morir", escribe en una crónica de guerra recogida en 'De París a Monastir'

Reinstalado en Barcelona en 1918, Gaziel viene encajando hirientes ataques por escribir en castellano

"Con dificultad se hallaría en los anales de la prensa española un éxito más rápido y brillante", escribe Dels Sants Oliver en el prólogo del libro que en 1915 reúne esas crónicas de Gaziel. De sus artículos aparecen versiones piratas en cabeceras de media América Latina, donde hasta un indivi-

duo le suplanta en una conferencia. También se contabilizarán una docena de ediciones irregulares de sus libros. Por esas y por sus futuras crónicas de guerra (Diéresis publicó una selección: *En las trincheras*), el diario pasará de 58.000 ejemplares en 1913 a 100.000 en 1918.

El impacto es grande: son escritos con una prosa un poco relamida, pero de un estilo sentencioso y lapidario, de claridad evidenciable, con reflexiones tan brillantes como afiladas hijas de su impresionante bagaje cultural. Lo que podría ser plúmbeo queda compensado por el acierto del género: la crónica, que le permite combinar agilidad y profundidad, siempre en un tono pausadísimo, cerebral. Y ante el pulso entre el intelectual y el periodista gana este último. En París, el estudiante se pasa el día en la calle: visita estaciones de tren, interpreta la prensa, aprovecha una cena en casa noble para enterarse de la superioridad de la aviación alemana, contrasta el patriotismo de boquilla de la burguesía española y la militante de la francesa y de cada anécdota (el precio cuadruplicado que cobran los cocheros de un día para otro —*Oh, vous savez, c'est la guerre!*—; la ideología de los comerciantes a partir de las notas colgadas en la persiana bajada...) hace una tesis doctoral de humanismo.

Queda impactado Gaziel porque intelectuales como Rostand, Barrès y Loti se alistaban al ejército. Le gusta el sustrato de la decisión que en otros ámbitos reclamará después en España o Cataluña ("Ante el peligro grave e inminente que amenaza a Francia, todas las diferencias ideológicas se borran, y desaparecen todas las categorías para no quedar más que patriotas"). Pero es que no puede nunca dejar la cultura. Lo demuestra en *De París a Monastir*: llevado por su dominio de la historia europea y su pituitaria periodística, viaja en noviembre de 1915 a los Balcanes, donde puede decantarse el futuro de Europa. A lo largo de las crónicas evocará a Homero, Jenofonte, Byron, Troya, casi llorará al ver la idealizada Atenas ("son ruinas de ruinas"). Y cuando visite el campamento de tropas inglesas, le llama la atención, por contraste del francés, el orden y las estanterías de las tiendas de los soldados, donde hay "poesías de Tenyson, novelas de Conan Doyle o de Wells, viajes exploradores de Stanley, relatos coloniales de Kipling, el reglamento de juego de *tennis* y el manual ilustrado del perfecto futbolista".

En una serie que va de más a muchísimo más, se refuerza su papel de "cronista espiritual de la guerra", no tan interesado en cifras de muertos ni tecnicismos balísticos sobre los mapas como en el impacto moral de una Europa supuestamente culta y ordenada que se desvanece por minutos, atributos también de su mundo *noucentista*. De nuevo le sirve igual para reconstruir el puzle de la vida convulsa el jefe de Gobierno helénico Venizelos como un monje cultísimo de un monasterio perdido en Megaspiloon o el desfile de razas en una posada de ese *finis terrae* que es Monastir entre Grecia y Serbia.

Acompañado de un posible espía danés,



En el cincuentenero de su muerte, emerge la impresionante figura periodística de Agustí Calvet, Gaziell.

los propios catalanes" se esfumó, a pesar del viento a favor de la República, la opción de que Cataluña sea "el ídolo de España, el centro de su renovación y el espejo de su conducta pública") y la actitud e intromisión de los Godó le mortificó. Gaziell estudia una propuesta que en diciembre de 1934 le llega para dirigir *El Sol*. Es su oportunidad para crear una prensa sin ataduras partidistas. Objetivo: recuperar a los grandes colaboradores de antaño, sin distinción de color político. "Si llegásemos a crear ese hogar espiritual e ideológico por encima de todas las tendencias políticas, daríamos a España el ejemplo y el espejo de una convivencia fecunda".

Los tiempos crispados lo impedirán. El clima de guerra civil sobre el que ya alertaba en 1931 ("el orden no cae del cielo sino que lo crean los ciudadanos, sobre todo los más encumbrados e influyentes (...) defendiendo lo implantado contra toda injusta tentativa de suplantación") haría inviable el proyecto. Él mismo se vio amenazado de muerte en 1936 por los anarquistas mientras que los sediciosos le esperaban con un proceso de responsabilidades políticas y un consejo de guerra. Exilio. En 1940, regreso, pero a Madrid. La amargura por ese *via crucis* jurídico, por la imposibilidad de regenerar España, por las "desafecciones morales" de Marañón, Ortega, Azorín y por la renuncia interesada de los aliados a liberar España en 1945 le llevarán a su libro más agrio: el deslumbrante *Meditacions en el desert* (póstumo, editado en París en 1974).

Tras jubilarse en 1957 de la editorial Plus Ultra en la que se refugia, regresa a Barcelona. Desde cuatro años antes ha retomado su faceta de escritor, en catalán. Gracias a Josep Pla, que lo recomienda para el catálogo, Gaziell se cartea desde 1951 con el editor de Selecta, Josep Maria Cruzet. "Yo no he criticado el catalanismo, sino su actuación política; y no porque fuera catalanista sino porque era equivocada, perniciosa y fatal—como los hechos demostraron— para la auténtica catalanidad", escribe en 1961 a su editor en una de las 318 misivas del volumen. No será esta la última novedad de Gaziell en el cincuentenero de su muerte: en breve, Grup 62 recuperará sus memorias y Ediciones del 98 traducirá sus *Castella endins* (1959), primero de su *Trilogia ibérica*, viajes a la búsqueda de su mundo perdido, a lo Stefan Zweig. No es casual este momento Gaziell. No leerle hoy es estar en pecado literario, periodístico y, visto lo visto, histórico. •

Gaziell. *Diario de un estudiante. París 1914.* Prólogo de Enric Juliana. Diéresis. Barcelona, 2013. 349 páginas. 19 euros. *De París a Monastir.* Prólogo de Jordi Amat. Libros del Asteroido. Barcelona, 2014. 306 páginas. 17,95 euros. *Tot s'ha perdut.* Edición de Jordi Amat. Prólogo de Enric Juliana. RBA-La Magrana. 280 páginas. 21 euros. *Gaziell i Josep Maria Cruzet (l'Editorial Selecta) Correspondència 1951-1964.* Manuel Llanas (editor). Publicacions Abadía de Montserrat, 2013. 480 páginas. 23 euros.

con prematura voluntad de estilo, va haciendo gala del difícil recurso de hilvanar tres o cuatro adjetivos. Y con él Gaziell constata, ante el crujir de grúas que descargan material militar, el final de un mundo en el que los oficiales aún presentan tarjeta de visita cuando las máquinas ya dominan la Tierra: "Todo cuanto desembarcaba en la costa, artefactos, pertrechos, animales y hombres, iba destinado a la muerte, a matar y a morir, y solo para esa obra de infinita miseria se desplegaba el aparato imponente de tanto esfuerzo y tanto refinamiento". El final es una decepción ante el ser humano y la Historia donde vaticina que el episodio en Europa se repetirá.

Parece tener una bola de cristal. "Acabó como un oráculo de Delfos del devenir de la España republicana", dibuja Jordi Amat, prologuista de *De París a Monastir* y editor de *Tot s'ha perdut*, impresionante antología (hasta ahora inédita) de artículos que Gaziell escribió entre 1922 y 1934 y que recopiló bajo el denominador de sus reflexiones sobre el catalanismo y su relación con Espa-

ña, textos de *La Vanguardia*, pero también del madrileño y liberal *El Sol*.

Reinstalado en Barcelona en 1918, lanzado ya en *La Vanguardia*, Gaziell viene encajando hirientes ataques por escribir en castellano. A todo ello se une su vocación hispanista ("para los catalanes que de antiguo creemos en la conveniencia de una colaboración con Castilla: ¡intervención, no inhibición!", escribe en *Tot s'ha perdut*), capaz de proclamar la "misión española del catalanismo" en plena dictadura de Primo de Rivera. La serena voz de juez de Gaziell es espeluznante: Cataluña, "la epiléptica de España", de "exceso de fachada y empacho de retórica", tiene una burguesía catalanista que solo lo es "para beneficiarse de las prerrogativas y facilidades que lleva consigo toda fuerza política que sabe imponerse".

Como el Cambó de la Lliga y el Companys presidente le defraudan tras la negociación de la Ley de Contratos de Cultivo y los Fets d'octubre de 1934 en los que se proclama el Estado Catalán ("Todo se ha perdido, incluso el honor"; "por culpa de